

riguar, en este reportaje, por qué el cultivo de la inteligencia, obligación de todos, fue muchos años tarea de pocos, y por qué el acceso a los grados superiores de la enseñanza, estuvo casi siempre proyectada al margen de las ocupaciones manuales, como privilegio de los mejor dotados económicamente. De esto ya se ha escrito mucho, pero no huelga añadir que la certera visión de Franco ha borrado esa injusticia.

Las Universidades laborales mejoran y redondean el concepto de Universidades que, en nuestro tiempo, no puede circunscribirse a los estudios mayores de ciencias y letras. (Ese concepto pasó definitivamente a la historia. La noble maestría en un oficio es un grado, socialmente interesantísimo, para la escala del saber colectivo, y si las Universidades Laborales no hicieran nada más—y es mucho más lo que hacen—que buenos cerrajeros, buenos ebanistas, excelentes trabajadores, en suma, hombres capaces, técnicos en sus profesiones, cubrirían unas etapas esenciales e inalcanzables para las Universidades clásicas. Esto quiere decir que las Universidades Laborales tienen derecho a ese nombre, que rebosa prestigio—Universidad—y derecho asimismo a una gran prestancia, consideración y dignidad, demostrativa de que en el mundo vibran muchas cosas al margen de la preparación libresco, con la que no rífen, y a la que también colaboran y ayudan.

Las Universidades Laborales, magníficas instituciones para los humildes trabajadores, y para sus hijos, abren a la cultura nacional insospechadas perspectivas. No sólo la han extendido ya hasta zonas donde imperó la ignorancia, sino que alientan las vocaciones profesionales y preparan para ejercerlas. El alto nivel cultural de un país se revela tanto, quizá, en el conocimiento de la ciencia y de las letras como en la obra casi perfecta, de un tornero o de un relojero. Las diferentes calidades del esfuerzo humano, "lo mejor", que es lo que sube y tiene precio, resulta, en definitiva, una prueba de preparación,



El ministro de Trabajo, en la Universidad Laboral de Gijón, saluda a los profesores del Centro.

de capacidad e inteligencia cultivada. De tal suerte, que el hombre perito en su oficio, competente en su teoría y en su práctica, es una pieza principalísima del engranaje social, lo que no quiere decir que aspire a un asiento en las Academias, aunque algo podría aportar a ellas. Son sus títulos de aptitud en el trabajo los que honran a la Patria, y acreditan la visión de un régimen político.

Una vez más, el ministro de Trabajo, a quien se debe la ley vigente de Universidades Laborales, completa jurídicamente su obra con un Reglamento amplio y preciso, que supone una normativa rigurosa y clara en cuya elaboración intervinieron eficazmente el Servicio de Universidades

Laborales y la Secretaría General Técnica del Departamento. El actual ministro fundará—mejor dicho, ha fundado ya, en principio—dos Universidades más, una en La Coruña y otra en Madrid. Bajo su inspiración y patriotismo el nuevo campo de la cultura española ofrecerá espléndidas cosechas espirituales. Hace falta que hacia las Universidades Laborales se proyecte no sólo la atención inteligente de los españoles, sino el aliento cordial de los que saben que la elevación moral y política de un pueblo depende, sobre todo, de la fe, y de la cultura, a la que altos y bajos tienen idéntico derecho.

J. de las C. P.



Mijos de trabajadores aprenden alegremente su oficio de torneros en los magníficos talleres de la Universidad Laboral de Córdoba. La vigilancia de algunos profesores, y el hábito blanco de un dominico, también maestro, nos dicen que el estudio y la emoción religiosa son fondo y marco de los avances formativos del régimen.